



LA HISTORIA DE LAS INDIAS: LAS ANOTACIONES DEL PADRE LAS CASAS SOBRE LOS INDIOS TAINOS

Emelina Martín Acosta
Universidad de Burgos

RESUMEN:

Las Casas utiliza el diario de Colón para la elaboración de su Historia de las Indias. De este modo iría interponiendo sus propias ideas a las observaciones colombinas sobre los indígenas desde la perspectiva de una época posterior y su propia vocación religiosa tardía.

Palabras Clave:

Las Casas, Colón, indios tainos.

ABSTRACT:

Las Casas used the Colon's diary to write his Indian History. So, he was introducing his own ideas to the Columbine vision about the indigenise people since of the point of view the other posterior age and his own late religious vocation.

Key Words:

Las Casas, Colón y Taínos

INTRODUCCIÓN

El Padre Las Casas en su Historia de las Indias comparte la mayor parte de la visión de Colón cuando plasma en su diario la creencia feliz de la facilidad de la empresa ante la bondad y actitud favorable de los indios¹, aunque él añade siempre una reflexión más profunda, como podemos apreciar en su extensa obra, escrita posteriormente y que cuenta con el Diario Colombino como borrador, pero que también conoce más la realidad de la población india como religioso y por tanto ya no se trata de una mera impresión a simple vista. Así, por ejemplo, en los primeros momentos del descubrimiento, el dominico nos brinda su gran conocimiento sobre los lucayos, población de San Salvador, a los que retrata con una bondad natural, gran simplicidad, humildad, mansedumbre, inclinaciones virtuosas, así como una prontísima disposición para recibir la santa fe y ser imbuidos en la religión cristiana; los que con ellos mucho conversamos, así en las cosas espirituales y divinas, comunicándoles la doctrina cristiana y administrándoles todos los siete sacramentos, oyendo sus confesiones, dándoles la Eucaristía y estando a su muerte².

Igualmente el Almirante nos describe el aspecto físico de la población indígena con una gran minuciosidad, pero también un tanto parcial: el contacto con los indígenas: *“me pareció que era gente muy pobre de todo, ellos andaban todos desnudos como su madre los parió y también las mujeres, aunque no vi mas de una harto moza, y todos los que yo vi eran mancebos, pues ninguno pasaba de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos y lindos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como cerdas de cola de caballo y cortos; los cabellos los traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan. Unos se pintan de prieto, otros son del color de los canarios, ni negros ni blancos, unos se pintan de blanco, otros de colorado, unos se pintan las caras, otros los cuerpos, o los ojos o la nariz.*

No traen armas, ni las conocen porque les mostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algún hierro; sus azagayas son unas varas sin hierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pez y otras de otra cosa. Tienen todos buena estatura, buenos gestos y bien hechos. Deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía y creo que ligeramente se harían cristianos, que pareció que ninguna secta tenían.

Las Casas comenta el hecho de que Colón no vio hombres viejos no porque no existieran sino porque no querían aparecer, ya que todas aquellas islas de los lucayos eran gente muy sana, que contaban con hombres y mujeres viejísimos, que no podían morir por la gran suavidad, amenidad y sanidad de la tierra. E incluso cree que esta gente por su simplicidad y mansedumbre se parecen a las de una isla que cuenta Diodoro en el libro III, capítulo 13 de su Historia, de la que dice maravillas: *“aquella gente tenía cuatro codos de cuerpo, eran hermosos en todos sus miembros y tenían la costumbre vivir hasta cierta edad y llegados a allí, ellos mismos se dan la muerte; hay cierta hierba, sobre la cual, si alguno se echa, le viene luego un suave sueño y así se muere”*. Las Casas echa mano de su magnífica cultura para encontrar sentido a la existencia de seres humanos en esta parte del mundo.

1.-DESCRIPCIÓN DEL PRIMER VIAJE COLOMBINO

Y el 14 de octubre cuando el Almirante navegaba por la costa de la isla Guanahaní, comenzó a ver dos otras poblaciones y gran número de gentes, hombres y mujeres que venían hacia la playa llamando a los cristianos a voces y dando gracias a Dios; unos traían agua fresca, otros cosas de comer, otros se lanzaban al agua y nadando se acercaban a

¹ Carta de Colón sobre el Descubrimiento. Estudio de RAMOS, Demetrio (1983). Edición de la Diputación. Granada.

² DE LAS CASAS, Bartolomé (1992): *Historia de las Indias*. Edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke. Fondo de Cultura Económica. México. 3ª impresión. Tomo I, pág.202 y ss.

las barcas y entendían que les preguntaban por señas si venían del cielo; y un viejo de ellos quiso llegar hasta ellos y entró en el batel para irse con ellos; otros llamaban a grandes voces a hombres y mujeres diciéndoles: “*Venid y veréis los hombres que vinieron del Cielo; traedlos de comer y de beber. Vinieron muchos hombres y muchas mujeres, cada uno trayendo lo que tenían, dando gracias a Dios, echándose el suelo y levantaban las manos al Cielo*”. Esa creencia de encontrarse ante un mundo pacífico, receptivo y prácticamente paradisiaco, es lo que trasladó Mártir de Anglería a sus Décadas, en las que describe cómo “*bajando los nuestros de las naves, fueron recibidos honoríficamente por el rey y demás indígenas y reverenciaban a los nuestros por cuantos modos podían y sabían*”³. No obstante esta visión contrasta con la decisión que más adelante plantea el Almirante cuando aunque no ve necesario hacer allí fortaleza por ser aquella gente muy simple y sin armas, si que determina hacerles esclavos: *por los siete que mandé tomar para llevarlos para aprender nuestra habla y devolverlos de nuevo, salvo que sus Altezas mandaren llevarlos todos a Castilla o tenerlos en la misma isla cautivos, porque 50 hombres los tendrán todos sojuzgados y les harán hacer todo lo que quisieren*. Es la primera señal de esclavitud por parte de Cristóbal Colón y que por supuesto no va a ser la última. Tampoco resulta extraño que hable de esclavitud, alguien que viene de un mundo lusitano donde los esclavos suponen un pingüe negocio y donde en la misma Castilla los grandes señores y los mismos Reyes los tienen a su servicio. Por supuesto aún no se habían concedido las Bulas Papales por parte del Pontífice Alejandro VI.

El padre Las Casas critica la política seguida por el Almirante, pues la considera contraria a los principios que Dios y la Iglesia habían marcado como fin de este descubrimiento al apuntar cuán lejos estaba el Almirante de acertar en el derecho divino y natural, y de lo que según esto, los reyes y él estaban obligados a hacer con estas gentes, pues ligeramente determinó que los Reyes podían llevar todos

los indios, que eran vecinos y moradores naturales de aquellas tierras, a Castilla o tenerlos en la misma tierra cautivos.

Cuando llegaron a la isla Fernandina, conocieron el pan de cazabe que llevaba un indio en su canoa y al bajar a tierra los mismos indios con mucha alegría traían los barriles a cuestas hasta los bateles y no sabían en que hacer para complacer. Los indios tenían paños de algodón como mantillas y las mujeres se ponían por delante de su cuerpo una tela de algodón que escasamente les cubría las vergüenzas. Colón cree que no conocían secta alguna y que creía que muy presto se tornarían cristianos, porque entendían fácilmente las cosas que les explicaban. Más adelante cuando llegaron a la isla Isabela fueron a una población y como la gente de ella sintiese los cristianos, dejaron sus casas, escondieron lo que pudieron de sus alhajas en el monte y huyeron todos de espanto. Después volvieron algunos cuando vieron que no iban tras ellos, y uno se llegó confiadamente a los cristianos, al que el Almirante hizo dar unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio. El 22 de octubre llegaron junto a los españoles muchos indios semejantes a los pasados, desnudos y pintados de diversos colores, traían ovillos de algodón y tenían algunos pedazos de oro puestos en las narices y tenían por cierto que los cristianos habían descendido del cielo.

En la isla de Juana (Cuba) hallaron las casas muy hermosas, en forma de alfaneques muy grandes, que parecían tiendas en real o ejército, sin concierto de calles, cubiertas de hojas grandes de palmas muy hermosas y por dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos, maravillosos aparejos de redes y anzuelos para pescar. Había muchas avecitas silvestres amansadas y perros que nunca ladraban y muchas estatuas en figura de mujeres y muchas cabezas muy bien labradas de palo; pero no supo si lo tenían por arreo y hermosura de casa o lo adoraban. Esta gente es de la misma calidad y costumbre de los otros hallados, sin ninguna secta que yo conozca, pues hasta hoy no he visto hacer ninguna oración, antes dicen la salve y el Ave

³ MÁRTIR DE ANGLERÍA, P. (1892): *De Orbe Novo*. Década 1ª, libro 1º, cap. II, tomo I, pág.107, la traducción de Torres Asensio. Madrid,

María, con las manos al cielo como se lo muestran y hacen la señal de la cruz. El Almirante les mostró oro y perlas y le respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron Bohío había infinito. Según el Padre Las Casas los indios con el vocablo bohío se referían a su casa y que ellos se limitaban a hablar de Haití, la isla Española, donde había oro, pero los españoles entendían que habían grandes barcos y mercaderías y cuando hablaban de los caribes que comían carne humana de algunas islas, los españoles entendían que existían monstruos, que jamás se vieron en aquellas tierras como apostilla también el cronista⁴.

Y hacía el interior de esa isla de Cuba algunos españoles encontraron una población de hasta cincuenta casas, en las cuales morarían hasta mil vecinos, porque les parecía que vivían muchos en una casa, son gente humilde, mansa y pacífica. Habían sido recibidos en aquel pueblo con gran solemnidad...besaban les las manos y los pies, creyendo que venían del cielo. Entraron en la casa principal y los españoles se sentaron en silla y los indios en el suelo en cuclillas alrededor de ellos. Después salieron los hombres y entraron las mujeres sentándose de igual forma. Los hombres tenían siempre en sus manos un tizón, que son unas ciertas hojas secas metidas en cierta hoja seca también a manera de mosquete hecho de papel, que llaman tabaco. Colón dice que: *son gentes sin mal, ni de guerra; desnudos todos, hombres y mujeres, como su madre los parió; verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente, tan grande, que les cubre su natura y no más, y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras salvo menos que las canarias*. Y de nuevo vuelve a insistir Colón en la idea de que, *son personas devotas, religiosas, que luego todos se tornarían cristianos, y así espero en Nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia, para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos y los convertirán, así como han destruido aquellos que no quisieron confesar el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo*.

Esta preocupación de Colón para que los indí-

genas se convirtieran hizo que el lunes 12 de noviembre, estando en el puerto de Mares de la isla de Cuba, determinara llevar a Castilla algunos indios para que aprendiesen la lengua de allí y saber de ellos los secretos de la tierra y para instruirlos en las cosas de la fe. Por tanto viniendo una canoa o almadía, por la confianza y seguridad o bondad que todos los indios tenían a los cristianos, llegándose a bordo de la nao para rescatar, 6 mancebos, entraron 5 en la nao, porque el otro se quedó en la canoa y los hizo detener contra su voluntad, para llevarlos consigo a Castilla. El Padre Las Casas se manifiesta contrario a la acción de Colón y dice, de nuevo que es *“violar tácita o interpretativamente las reglas del derecho natural y derecho de las gentes, que dictan y tienen que al que simple y confiadamente viene a contratar con otros, mayormente habiéndose ya confiado los unos de los otros y tratado amigablemente, lo dejen tornarse a su casa, sin daño de su persona ni de sus bienes, libre y desembargadamente. Agravia este hecho-sigue diciendo-haberlos recibido en su tierra y en sus casas con tantas ceremonias y regocijos, adorándolos como a cosas divinas del cielo*. Igualmente el dominico se pregunta que sentiría Colón, si por el contrario, los indígenas hubieran detenido a la fuerza a los dos cristianos que envió tierra adentro, no dudaría en hacer una guerra justa. Pues de este modo Las Casas justifica la guerra justa de los indígenas: *las leyes y reglas naturales y del derecho de las gentes sean comunes a todas las naciones, cristianos y gentiles, y de cualquier secta, ley, estado, color y condición que sean, sin una y sin ninguna diferencia, la misma justicia tenían y tuvieron los vecinos de aquella isla contra el Almirante y sus cristianos por la recuperación de sus convecinos*.

Las Casas cree así mismo que los españoles perderán autoridad y crédito ante los indios y no le parece excusa suficiente el que el Almirante creyese que al final todo sería bueno y provechosos, ya que *“nunca hemos de hacer cosa mala, por chica y mínima que sea, para que por ella o de ella haya de salir o hayamos de sacar inestimables bienes*. Las Casas cita para sus afirmaciones a San Pablo en su carta a los Romanos: *Nos sunt hacienda*

⁴ LAS CASAS (1992):tomo I, pág.228

mala ut bona eveniant. Y según él como los hombres nunca suelen caer en un solo yerro, antes suele ser mayor el que se cometerá después, el Almirante queriendo perfeccionar su propósito, envió una barca con ciertos marineros a una casa que estaba en la parte poniente del río y tomaron y trajeron siete mujeres, entre chicas y grandes, con tres niños. Pues Colón creía que si en España los hombres se comportan mejor habiendo mujeres de su tierra que sin ellas; los indios teniendo a sus mujeres tendrían ganas de negociar lo que se les encargare y también estas mujeres enseñaran su lengua a las mujeres que ya estaban con los españoles. Las Casas apostilla que de nuevo se trata de una gentil excusa para colocar o justificar obra tan nefaria y se pregunta ¿si fue pecado y grave quitar o hurtar o robar con violencia las mujeres que tenían sus propios maridos, pues el matrimonio es de derecho natural? Y además ¿quién había de dar a Dios cuenta de los pecados de adulterio que cometieron los indios que llevó consigo a quien dio por mujeres aquellas mujeres y sí quizás se añadió algo de incesto, que es mayor que el adulterio, si acaso eran parientes?; aquí el Almirante actuó inconscientemente aunque en otras veces había sido prudente. Por esta injusticia sola tan culpable es que aunque no cometiera nunca otra será merecedor ante Dios de las tribulaciones y angustias que toda su vida padeció.

E incluso, la actitud del Almirante ante los indios le lleva a Las Casas, como fervoroso religioso a profundizar sobre la noción de pecado al afirmar que a los españoles allí no les parecía nada pecado por su ceguera, costumbre o facilidad de hacerlo, pero delante de Dios es juzgado por muy grave y muy pesado, cuyas consideraciones si alcanzásemos a conocerlas nos llevarían a temblar las carnes. Por ello, cuando en la noche en que se partió del puerto de Mares, vino una canoa a la nao del Almirante con un hombre de unos 45 años, marido de una de las mujeres que habían tomado y padre de los tres niños, un macho y dos hembras, y rogó que, pues le llevaban a su mujer y sus hijos, le llevaran a él también con ellos y el Almirante aceptó su propuesta. Las Casas cree que el indígena y su familia estarían mejor en su tierra que no des-

terrado en una ajena. De nuevo el respeto del dominico ante el indio y su entorno natural.

No obstante esta falta de consideración de Colón hacia los indígenas se contradice con la afirmación –varias veces repetida– sobre la bondad natural de los indios de aquella isla: “yo conozco que esta gente no tiene secta alguna, ni son idólatras, al contrario son muy mansos, no conocen el mal, ni matar a otros, ni prender y sin armas y tan temerosos, que a una persona de los nuestros huyen cientos de ellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y conoedores que hay Dios en el cielo y creen firmemente que nosotros hemos venido del cielo, y están muy prestos a aprender cualquier oración que nosotros digamos que digan y hacer la señal de la cruz. Pero tampoco olvida la parte económica de su empresa y por tanto describe a los Reyes la gran suma de oro que hay en esas tierras, así como piedras preciosas, especias y algodón, justificando el recoger en su navío a los indígenas para que puedan dar buena prueba de todo ello.

Estando Colón el 26 de noviembre, por la costa sur de la isla de Cuba; por el Sudeste halló una gran población, la mayor que hasta entonces había hallado y vio venir a la ribera del mar infinita gente, dando grandes voces, todos desnudos con las azagayas en las manos. Sin embargo cuando se acercaron los españoles los indígenas huyeron de la playa. No obstante el Almirante vuelve a comentar en su diario que: *se trabajará de hacer todos estos pueblos cristianos, porque no tienen secta alguna, ni son idólatras y Vuestras altezas mandaran hacer en estas partes ciudad y fortaleza y se convertirán estas tierras*⁵. Según Las Casas esas eran las palabras formales del Almirante, aunque no en perfecto romance castellano, porque no era su lengua materna. Y de sus palabras destaca dos ideas fundamentales: “*primera es cómo en todas partes y diversas, que hasta aquí había descubierto de estas islas, hallaba y experimentaba las gentes de ellas mansísimas y dóciles y juzgaba ser aptas para recibir nuestra santa fe y así lo certificaba; la segunda es cómo el Almirante conocía ser el fin de sus trabajos y del descubrimiento de aquellas tierras y gentes la conversión de ellas y el aumento y gloria de la reli-*

⁵ LAS CASAS (1992):tomo I, pág. 244.

gión cristiana. No nos cabe la menor duda de que tanto el Descubridor cómo el Dominico tienen presentes la conquista de Granada y la idea de Cruzada en la necesidad de convertir a los indígenas al cristianismo, aún antes de expedirse las Bulas Papales.

Dos días más tarde ciertos marineros hallaron en una casa de aquel pueblo una cabeza de hombre, debía ser una calavera metida en un cestillo y colgado de un poste de la casa y de la misma manera otra en otra población. El Almirante creyó que debía ser de algún principal linaje, porque en esas casas residía mucha gente y debían ser parientes descendientes de unos sólo. En ningún momento se le ocurrió pensar que ello tuviera una vinculación religiosa. Días más tarde, el 1 de diciembre en Puerto Santo, Colón subió a una montaña, sembrada de calabazas y en medio de ella estaba una gran población de gente buena y pacífica, aunque no tenían oro ni otras cosas preciosas. Posteriormente cuando se adentró un río con sus barcas se le acercaron con sus barcas otros indios tintados de colorado y desnudos como su madre los parió y algunos de ellos con penachos en la cabeza y otras plumas, todos con sus manojos de azagayas. El Almirante pensaba que esta gente era como los otros que había hallado y de la misma creencia y que tenían a los cristianos como seres descendientes del cielo, y que daban en rescate cuanto tenían por poca recompensa que les diesen. En tierra vieron una casa hermosa, muy grande de dos puertas y una obra maravillosa, como una cámara, hecha de una manera muy especial y en cuyo cielo tenían colgados caracoles y otras cosas, por lo que pensó el Almirante que era un templo; pero al preguntarles si hacían en ella oración, le dijeron que no, por lo que Colón se quedó tranquilo porque confirmaba su idea de que no tenían secta.

El lunes 10 de diciembre estaban en el puerto de la Concepción de la isla Española, donde vieron unas cabañas como ranchos y lugares donde se habían hecho muchos fuegos y los caminos muy anchos, indicios, al fin de mucha gente; y esto debía ser que venían a pescar a la mar, de sus poblaciones como duermen en el suelo y andan desnudos siem-

pre y hacen cada dos o tres indios un gran fuego y cenan y duermen alrededor de él. En el monte encontraron una gran cantidad de gente, todos desnudos como los de atrás, que huyeron, pero pudieron coger a una mujer, muy moza y muy hermosa, con un pedazo de oro en la nariz, a la que Colón vistió y adornó con cuentas de vidrio y cascabeles y sortijas de latón y envió de nuevo a su tierra con tres indios que traía de la isla de Cuba, porque todos eran de la misma lengua. Su gente andaba en unas canoas pescando. En una población que estaba a cuatro leguas y media hacía el Sudeste, que hallaron en un grandísimo valle, tenía 1.000 casas y más de 3.000 hombres, que cuando se acercaron a los españoles les pusieron la mano sobre la cabeza, que era señal de amistad y gran reverencia. Después iban todos a sus casas y cada uno traía de lo que tenían de comer, pan de unas raíces que siembran, pescado y otras cosas cuantas de comer tenían. Los españoles decían que esta gente era más hermosa y de mejor condición que la que habían visto hasta entonces; e igualmente decían que los hombres y las mujeres eran blancos más que los que habían visto y señaladamente decían que habían visto dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España⁶

Ante esta narración idílica de los indígenas que fueron encontrando, de nuevo Las Casas reflexiona sobre la disposición natural y buenas cualidades que Dios dotó a estas gentes, *“cuán aparejadas estaban por natura para ser doctrinadas e imbuidas en las cosas de la fe y religión cristiana y en todas virtuosas costumbres, si hubieran sido tratadas y atraídas virtuosa y cristianamente y que tierras estas tan felices que nos puso la Divina Providencia en las manos para pagarnos aun en esta vida, sin lo que habíamos de esperar en la otra, los trabajos y cuidados que en atraerlas a Cristo tuviéramos. Temo que no merecimos ni fuimos dignos, por lo que Dios conoció que habíamos de ofenderle.*

El 14 de diciembre en un golfo de la isla Española frente a la Tortuga, vinieron unos 500 hombres con el rey de ellos y algunos traían granos de oro finísimo en las orejas y en las narices. Mandó el Almirante hacer a todos

⁶ LAS CASAS(1992) :tomo I, pág. 260

honra, porque dice que son la mejor gente del mundo y la más mansa: *“tengo mucha esperanza en nuestro Señor, que Vuestras Altezas los harán todos cristianos y serán todos suyos, que por suyos los tengo”*. El rey que estaba en la playa y que todos le hacían reverencia y acatamiento, era un mozo de hasta veintiún años y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que le hablaban y respondían y él hablaba muy pocas palabras. Uno de los indios que traía el Almirante habló con el rey y le comentó que aquellos cristianos a los que él acompañaba, venían del cielo y andaban en busca de oro. *“Este rey y todos andaban desnudos como su madre los parió y las mujeres sin algún empacho y eran más hermosos que los que hasta aquí han hallado y blancos como si fuesen vestidos y se resguardasen del sol y el aire. Casi serían tan blancos como en España”*.

Colón mandó dar de comer al rey los alimentos que habían traído de Castilla y el rey tras comer un bocado, lo daba todo a sus consejeros y al ayo y los demás que trajo consigo. Y de nuevo destaca en su diario cómo no tienen armas y están todos desnudos y sin ningún ingenio en las armas y muy cobardes y sí son buenos para mandarles y hacerles trabajar, sembrar y hacer todo lo que fuera menester y que hagan villas y se les enseñe a andar vestidos y nuestras costumbres. El padre Las Casas continúa con su especial cruzada en defensa de los indígenas y en contra de los conquistadores, pues afirma que la mansedumbre natural, simple, y benigna y la humilde condición de los indios, al carecer de armas y andar desnudos, dio atrevimiento a los españoles a tenerlos en poco y ponerlos en tan acerbísimos trabajos en que los pusieron y a encarnizarse para oprimirlos y consumirlos como los consumieron. Su dureza en la crítica nos hace fácilmente comprensible la leyenda negra de siglo XVII europeo.

El 18 de diciembre el rey se presentó ante Colón con 200 hombres, mientras cuatro más le traían en andas, después se sentó frente al Almirante con sus consejeros y el ayo y los otros más lejos. Comía de las viandas que le dieron de igual forma que lo había hecho anteriormente e hizo lo mismo con la bebida que sólo se lo llevaba a la boca y después lo daba a los otros, y todo con muy pocas palabras y sus acompañantes más íntimos hablaban con

él con mucho acatamiento. Después entregó oro al Almirante en rescate por algunos regalos y Colón se lamentaba de no conocer su lengua, aunque si creyó entender que el rey le aseguró que si le gustaba algo de allí, toda la isla estaría *“a su mandar”*.

El 20 de diciembre estando en otro puerto vinieron otros indios que no tenían varas ni azagayas ni otras grandísimas armas y estaban desnudos, hombres y mujeres desde arriba hasta abajo, y que en otros lugares los hombres escondían sus mujeres por celos, pero aquí no, antes ellas eran las primeras que venían a dar gracias al cielo viendo los cristianos y les traían cuanto tenían y frutas de cinco o seis maneras. Tenían muy lindos cuerpos y el Almirante mandaba que ninguno le diese pena, ni les tomase cosa alguna contra su voluntad, antes les pagasen cuanto les daban. Tenían muy buenos corazones y francos para dar y tan temerosos, pues el Almirante y su gente habían venido del cielo.

2.- LA RELACIÓN CON GUACANAGARÍ Y EL FUERTE DE LA NAVIDAD

El 22 de diciembre el rey Guacanagarí, uno de los cinco reyes grandes y señalados de esta tierra, envió una gran canoa llena de gente y en ella una persona principal, criado suyo a rogar afectuosamente al Almirante que fuese a su poblado. Le envió como presente un cinto que tenía una gran carátula, que tenía dos orejas grandes de oro de martillo y la lengua y la nariz. De pedrería fina como aljófar, hecha de huesos de pescado, cosidos en hilo de algodón y con tanto artificio que parecían muy lindas labores. Los indios traían muchas cosas de algodón labradas y en ovillo hilado, los indios seguían creyendo que los españoles venían del cielo y les ofrecían comida de pan, pescado y agua en cantarillos de barro, muy bien hechos y por de fuera pintados como de almagra, y algunas simientes. La población del rey Guacanagarí era la mayor y mejor ordenada de calles y casas que hasta allí habían visto y juntos en la plaza que tenían bien barrida serían unos 2.000 hombres e infinitas mujeres y niños. Les dio el rey unos paños de algodón que vestían las mujeres y papagayos y pedazos de oro. La verdad es que son maravillosos los pueblos de esta isla, de muy sin-

gular trato, amorosos y habla dulce, no como otros que cuando hablan parece que amenazan y de buena estatura hombres y mujeres y no negros. Verdad es que todos se tiñen, algunos de negro y otros de otro color y los más de colorado. Las casas y lugares son hermosos y con señorío en todos, como juez y señor de ellos y todos le obedecen que es maravilla.

Las Casas aquí está completamente de acuerdo con Colón ya que dice *“razón es de advertir aquí cuantas veces repite los loores de la mansedumbre, humildad, obediencia, simplicidad, liberalidad y bondad natural de estas gentes, como quien por vista de ojos muchas veces lo experimentaba el Almirante*. Igualmente explica por qué se pintaban de negro y otros colores para defenderse del sol y para tener las carnes más tiesas y andar más prestos en los trabajos. En las guerras también se teñían de aquellos colores. Como siempre el dominico concluye las largas relaciones del Descubridor con un razonamiento antropológico de gran interés.

El 25 de diciembre montaron el fuerte de la Navidad en un lugar cercano a la población de Guacanagarí y dice el Almirante de ellos ante su postura por el naufragio de la nao que son gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa, que certifico que no hay gente mejor en el mundo, ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen el habla más dulce del mundo y mansa y siempre con risa, ellos andan desnudos, hombres y mujeres, pero tienen buenas costumbres. Para defender a los españoles que estaban en el fuerte empleaban arcos y flechas. El 26 de diciembre el rey Guacanagarí entregó a los españoles dos casas grandes y cuantas canoas fueron necesarias para descargar la nao y ponerlo en tierra. Entretanto vino otra canoa con indios de otro lugar y traían ciertos pedazos de oro que querían dar por un cascabel que deseaban más que otra cosa porque los indios de esta isla y aún de toda la India son inclinadísimos y acostumbrados a bailar mucho y para hacer son que les ayude a las voces y los cantos que bailando cantan y sones que hacen tenían unos cascabeles muy sutiles, hechos de madera, muy artificiosamente, con unas piedrecillas dentro, los cuales sonaban, pero poco y roncamente.

El rey Guacanagarí invitó al Almirante a comer en su casa y le dio una colación con dos o tres especies de frutas, pescado y caza y otras viandas que ellos tenían y un pan que llaman cazabi y después le llevó a ver unas verduras y arboledas que tenían junto a sus casas y le acompañaban unos mil hombres todos desnudos. Después de haber comido le trajeron muchas hierbas con que se frotó las manos y después se echo agua. También le regaló al Almirante una gran carátula que tenía grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y otras joyas de oro. Todas estas cosas iban animando a Colón que dejaba de lado su angustia por la perdida de la nao y daba gracias a Dios por encallarse la nao en aquel lugar: *“ y bien es verdad que mucha gente de esta que va aquí me habían rogado que les diese licencia para quedarse, tengo ordenado hacer una torre y una fortaleza no porque creo que haya menester por esta gente (porque tengo por dicho que con esta gente que yo traigo sojuzgaría toda esta isla la cual creo que es mayor que Portugal y más gente, pero están desnudos ,sin armas y muy cobardes) sino porque conozcan la gente de Vuestras Altezas, porque con temor y amor les obedezcan”*. Las Casas no duda tampoco que fue voluntad de Dios que se perdiera la nao, porque así se conoció aquellas tierras, ya que Colón no tenía ninguna intención de pararse en ningún sitio sino de seguir descubriendo. Aparece de nuevo la mentalidad del religioso que ve la mano divina en todo momento.

El 28 de diciembre un hermano del rey llevó a Colón a una de sus casas, donde le tenían aparejado un estrado de camisas de palmas que son grandes como un cuero de un becerro y parecido en la forma, que son muy limpias y frescas y con una se cubre un hombre se defiende del agua como si se cubriese con un gran cuero de becerro o de vaca, son muy provechosas para muchas cosas y las llaman yaguas. Le hicieron sentar al Almirante en una silla, con su espalda, baja, de las que ellos usaban, que son muy lindas y bruñidas y relucientes, como si fueran de azabache, que ellos llamaban *duhos*. Al día siguiente se acercó a Colón un sobrino del rey al que le preguntó por las minas de oro y por las señas entendió que había unas islas al este de donde procedía el oro. Sin embargo el dominico apos-

tilla que el Almirante no entendía nada a los indios, porque los lugares que le nombraban no eran islas por sí, sino provincias de esta isla y tierras de señores.⁷

El domingo 30 de diciembre llegaron al lugar cinco reyes sujetos al gran señor Guacanagari, todos con sus coronas de oro en las cabezas, representando gran autoridad. Dos de aquellos reyes dieron al Almirante una gran plasta de oro no fundida sino hecha de varios granos de oro que los indígenas majaban entre dos piedras y así los ensanchaban. Sin embargo como el Almirante tenía prisa por partir hacia Castilla para dar las noticias a los Reyes de su feliz viaje, determinó dejar en aquella villa y fortaleza de la Navidad 39 hombres, a los que antes de partir les dio la consiguiente platica y las normas de comportamiento y por supuesto les mandó y rogó encarecidamente que no hiciesen agravio a ningún indio, ni les tomasen cosa alguna contra su voluntad, que se guardasen de hacer injuria y violencia a las mujeres, causando escándalo y mal ejemplo para los indios e infamia de los cristianos, pues los indios les tenían por celestiales virtudes y enviados del cielo. Las Casas apostilla que en esto mucho más confió el Almirante en los españoles de lo que debiera, antes se dejó engañar de su confianza, si creía que habían de guardar estas reglas; debiera ser que aún no los conocía, como después los conoció. Y no digo de los españoles solos -continúa diciendo Las Casas - , sino de cualquier otra nación de las que hoy conocemos, según el mundo está, no debiera confiar quien debiera de guardarlas, puesto que sola la cordura y la prudencia debiera bastarles, aunque no temieran a Dios, quedando en tierras tan distantes y extrañas y entre gente que no conocían a Dios, para vivir de tal manera, que no decayeran en la estima de que eran reputados, casi por dioses, lo cual les fuera muy cierta y ganancial granjería, viviendo de forma hipócrita. Las Casas critica duramente a los españoles que hipócritamente deben comportarse bien para seguir siendo dioses a los ojos de los indígenas y por otro lado cree que Colón es un ingenuo por fiarse de ellos.

Colón se despidió de la gente de la Navidad y partió el viernes 4 de enero de 1493, pues no

pudo partir el jueves, porque por la noche se le acercaron tres indios de los que traía de las otras islas y le dijeron que los otros y sus mujeres embarcarían con él al salir el sol. Las Casas no sabe cuantos indios llevó de esta isla, aunque cree que llevó algunos y entre todos cree que serían unos 10 ó 12 indios, según dice se refiere la historia portuguesa y los que vio en Sevilla, puesto que no miró ni se acuerda haberlos contado. Más adelante en una gran bahía cerca del cabo del Enamorado encontró unos indios con arcos y flechas y el rostro tiznado de carbón de cierta tinta que hacen de unas frutas y tienen costumbre de teñirse de varios colores y uno de ellos tenía los cabellos muy largos, cogidos y atados atrás y puestos en una redcilla de plumas de papagayos y desnudo en cueros. Sospechó el Almirante si eran caribes de los que comen hombres. Las Casas lo niega, pues en esa isla jamás los hubo... Es aquí de saber que un gran pedazo de esta costa, bien más de 25 o 30 leguas está poblada de una gente que se llamaba macorige y otras ciguayos y tenían diversas lenguas de la universal de toda la isla. Los ciguayos eran quienes tenían los cabellos largos como nuestras mujeres de Castilla. Le hablaron de una isla que se llama Martinino, que tenía mucho oro y que estaba habitada por mujeres solas, y a esa isla venían los hombres en cierto tiempo del año, y si parían hembra la tenían consigo y niño lo enviaban a la isla de los hombres.

Los indios ciguayos además de andar desnudos y con el pelo largo llevaban arcos y flechas y una espada de tabla de palma, durísima y muy pesada, no aguda, sino chata, de cerca de dos dedos en gordo de todas partes. Ante la postura de los españoles de quererles comprar los arcos y las flechas, los indios arremetieron contra ellos pensando que les compraban los arcos y las flechas para luego atacarles y así cogieron ciertas cuerdas o sogas como para atar a los cristianos. Viéndolos venir los españoles que pocos deseaban ser mártires, dieron con ímpetu en ellos y alcanzó uno de ellos a un indio con gran cuchillada en las nalgas y a otro en los pechos le dio una saetada. Los indios al darse cuenta que las armas de los españoles eran otras que las suyas y que en tan poco tiempo hacían tanto efecto y aunque

⁷ LAS CASAS (1992):tomo I, pág. 287.

los cristianos no eran sino siete y ellos cincuenta y tantos huyeron abandonando las flechas y los arcos. Y los españoles hubieran matado a todos los indios a no ser por el capitán que se lo impidió. Las Casas se lamenta de que ésta fue la primera pelea que hubo en todas las Indias y donde se derramó sangre de indios e incluso cree que el indio que recibió la saetada murió y el de las nalgas desgarradas no quedaría muy sano “entre indios y cristianos buenas aunque chicas primicias fueron estas de la sangre que de ellos por los cristianos fue después derramada”. Que duda cabe que estas reflexiones fueron premonitorias de lo que ocurrió enseguida en el fuerte de la Navidad.

Colón creía que estos indios si no eran caribes al menos debían ser de frontera y de las mismas costumbres y gentes sin miedo, no como los otros de las otras islas que eran cobardes y sin armas ya que los juzga caribes y de las mismas costumbres. Quiso enviar esa noche a buscar las casas de aquellos indios por tomar algunos de ellos y por el gran viento y el mal estado de la mar no lo hizo. Y dice Las Casas que si lo hiciera no estaría bien hecho, porque se movió solamente por sospechar que eran caribes y que lo supiera que de cierto lo eran, no convenía dejar escandalizada toda aquella tierra, mayormente que ya sentía que aquella tierra, con la que dejaba atrás, donde tan buenas obras siempre había recibido, era toda una isla; item no era este el camino para atraer a los caribes y cualquier otra gente, por gravísimos pecados que tuviesen a que dejasen aquellos vicios, sino la paz y amor y buenos ejemplos y sembrarles buena opinión y estima los cristianos de sí mismos, según las reglas que nos dejó ganar los infieles Jesucristo y San Pablo también a propósito de sí mismo, dijo que indiferentemente de todos era deudor de bárbaros, griegos, sabios y no sabios, fieles y no fieles⁸.

El lunes 14 de enero vieron muchos indios en la playa y mandó el Almirante saltar a tierra gente bien aderezada de armas. Enseguida se le acercó un indio que venía con el rey de aquella tierra, el cual al día siguiente envió una corona de oro, tal como había prometido

y vinieron otros hombres con algodón, pan, ajos y cosas de comer, todos armados con sus arcos y flechas. Después que todos habían rescatado lo que traían, llegaron cuatro indios mancebos a la carabela y Colón cómo vio que sabían sobre todo lo que les preguntaba y que conocían las islas que estaban hacia el Oriente o el este, camino que él debía de llevar, determinó llevarlos a Castilla. Algo indigno según Las Casas: porque llevar por fuerza y contra su voluntad los que habían venido y fiándose de los cristianos, bajo título de paz y seguridad, no se pudo, sin gran pecado, tal violación del derecho natural cometer. Y partió de aquellas tierras el 16 de enero. Durante la navegación cuando algunas veces hacía calma y la mar estaba muy llana y sosegada, saltaban los indios en el agua y nadaban y se holgaban. Durante el viaje de vuelta Las Casas no hace ningún comentario digno de mención sobre los indios y su comportamiento en relación con Colón.

3.- EL REGRESO DEL PRIMER VIAJE

Pues bien va a ser en Lisboa cuando el dominico vuelva a hablar de los indios que trajo Colón y de la divina providencia con respecto al descubrimiento: Como se publicó en Lisboa que el Almirante había descubierto y venía de las Indias, vino tanta gente a verlos y a ver a los indios que fue cosa de admiración y las maravillas que todos hacían, dando gracias a Nuestro Señor, diciendo que, por la gran fe que los reyes de Castilla tenían y deseo de servirles, la Divina Majestad les concedían tan señaladas mercedes. Miércoles y jueves siguientes creció más la gente que vino de la ciudad, y entre ella muchos caballeros y los hacedores del rey. Todos se admiraban y no sabían con qué palabras engrandecer las obras de Dios por medio de estos bienes a los reyes de Castilla, porque sus Altezas ocupaban y ejercitaban sus personas con grandes trabajos para dilatar y sublimizar la cristiana religión.

Prosigue Las Casas su relación de estos días de Lisboa y cómo el Almirante no menciona en

⁸ LAS CASAS(1992):tomo I, pág. 305

su diario de esta primera navegación que llevase consigo indios para que los viese el Rey de Portugal: lo cual cierto parece cosa semejante de verdad, que consigo llevase algunos indios, pues el rey estaba tan cerca y la cosa era tan nueva y admirable y que a todo el mundo admiró y venían los de toda la comarca por ver los indios desnudos, nunca otra semejante imaginada poder ser en todo el orbe. El dominico a continuación hace una relación de la entrevista de Colón y el rey don Juan II de acuerdo con lo que se “platicaba entre los que entonces vacábamos en esta isla Española a curiosidad haber acaecido, esto que ahora diré teníamos por cierto que el Rey había dicho y hecho. Mandó pues el rey, estando hablando con el Almirante, disimuladamente traer una escudilla de habas y ponerla en una mesa que tenía cabe sí y por señas mandó a un indio de aquellos que con aquellas habas pintase o señalare aquellas tantas islas de la mar de su tierra que el Almirante decía haber descubierto; el indio, muy desenvueltamente y presto, señaló la isla de la Española, Cuba, las islas de los lacayos y otra cuya noticia tenía. Notando el rey con morosa consideración lo que el indio había señalado, casi como un descuido deshizo con las manos lo que el indio le había señalado. Al rato mandó a otro indio que señalase y figurase con aquellas habas las tierras que sabía que había por aquella mar, de donde Cristóbal Colón los traía; el indio con diligencia y como quien en pronto lo tenía, figuró con las habas lo que el otro había figurado y por ventura añadió muchas más islas y tierras dando razón de todo en su lengua (puesto que nadie lo entendía) lo que había pintado y significado.

Posteriormente Colón se marchó cuan presto pudo para Sevilla y allí despachó un correo al rey y la reina, que estaban en Barcelona. Y tras ello, Don Cristóbal Colón, ya Almirante, con el mejor aderezo que pudo partió de Sevilla llevando consigo los indios, que fueron siete los que le habían quedado de los trabajos pasados, porque los demás se le habían muerto, según nos narra también el padre Las Casas, los cuales yo vi, entonces en Sevilla y posaban junto al arco que se dice de las Imágenes a San Nicolás. Y junto con los indios, según también la descripción del dominico llevó papagayos verdes, muy hermosos y coloreados y guayças, que eran unas carátulas hechas de pedrerías de hueso de pescado,

puestos a manera de aljófar y unos cintos de lo mismo fabricados por artificio admirable, con mucha cantidad y muestras de oro finísimo y otras muchas cosas nunca vistas antes.

Según también la descripción del Padre Las Casas, en Barcelona donde llegó Colón a mediados de abril, recibió un gran recibimiento por parte de toda la gente que no cabía en las calles, admirada de ver al descubridor y a los indios y los papagayos y muchas piezas y joyas de oro que jamás se habían visto. Cuando Colón estuvo ante los Reyes lo que más ponderó y consideró su más preciado tesoro fue la multitud y simplicidad, mansedumbre y desnudez y algunas costumbres de sus gentes la disposición aptísima y habilidad que de ellas conoció para ser reducidas a nuestra santa y católica fe, de las cuales estaban presentes los indios que consigo llevó. Tras escuchar todo los Reyes Católicos se arrodillaron para dar gracias al Creador. Y continua Las Casas ¿Quién podrá referir las lagrimas que de los reales ojos salieron, de muchos grandes de aquellos reinos que allí estaban y de toda la Casa Real? ¡Que jubilo, qué gozo, que alegría bañó los corazones de todos!. ¡Cómo se comenzaron unos a otros a animar y proponer en sus corazones venir a poblar estas tierras y ayudar a convertir a estas gentes!; porque oían y veían que los serenísimos príncipes y singularmente la santa reina doña Isabel, que por palabras y las muestras de sus heroicas obras, daban a todos a conocer que su principal gozo y regocijo de sus ánimas procedía de ver que habían sido hallados dignos ante el divino acatamiento de que con su favor y con los gastos (aunque hartos pocos) de su real cámara, se hubiesen descubierto tantas naciones infieles y tan dispuestas, que en sus tiempos pudiesen conocer al Creador y ser reducidas al gremio de la santa y universal Iglesia y dilatarse tan inmensamente su católica fe y cristiana religión.

El Almirante visitó a los Reyes durante varios días en los que además de otros asuntos del viaje descubridor les comentaba de nuevo la disposición y mansedumbre de los indígenas, la docilidad que de ellos conoció y cuan dispuestas estaban, según él creía a recibir la fe, pues según su entender tenían algún conocimiento de la existencia de un Dios creador del cielo. Así mismo les habló del recibimiento

humano y la ayuda no menos pía que tempestiva del rey benignísimo Guacanagarí, cuando llegó a los puertos de su reino y se le perdió la nao en la que iba y consuelo que le hizo y de las demás muestras de hospitalidad hasta que regresaron a Castilla⁹. El dominico retoma de nuevo su palabra y se extiende en las alabanzas cristianas de los Reyes, quienes además dieron larga y particular noticia del descubrimiento al Pontífice Alejandro VI, quien a su vez concederá, donará y asignará a los Reyes y sus descendientes, entre otras cosas cuanto fuese necesario para la predicación e introducción, ampliación y conservación de la fe y religión cristiana y conversión de los vecinos y moradores naturales de todas aquellas tierras, que son los indios. Las Casas termina la narración de este primer viaje con la transcripción de la Bula del Papa Alejandro VI, del 4 de mayo de 1493, aportando de este modo su peculiar visión de la necesidad de cristianizar aquellas tierras y la exaltación cristiana de los Reyes Católicos.

Como conclusión podemos decir que el Padre Las Casas describe en su Historia de las Indias todo el descubrimiento colombino con la perspectiva de los años pasados y con una visión particular fruto de su sentimiento religioso.

BIBLIOGRAFÍA:

DE LAS CASAS, Bartolomé (1992): *Historia de las Indias*. Edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke. Fondo de Cultura Económica. México. 3ª impresión. · 3 Tomo I.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, P (1892) : *De Orbe Novo*. Década 1ª, libro 1º, cap. II, tomo I, pág.107, la traducción de Torres Asensio. Madrid,

⁹ LAS CASAS (1992): tomo I, pág. 336